

refinada pulcritud le encadenaba, y cierta desconfianza de sí mismo le inclinaba más á imitar y traducir que á exponer frutos de sus huertos.

La lectura incesante de los Santos Padres y de los místicos, hacía que en sus conversaciones mismas se notasen giros que despertaban recuerdos de David, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Pero lo que sin duda le impresionó profundamente en sus primeros años, hasta amoldar á ello sus composiciones y su vida intelectual, fué la historia del pueblo judío. La sabía de memoria y la comentaba identificándose con sus glorias, engrandeciéndose con sus profetas, tronando con Isaías, gimiendo con Job, balanceándose voluptuoso en el Cántico de los Cánticos, y entonando himnos bélicos en las luchas de los Macabeos.

Había descubierto bellezas en los libros de Ruth y Débora, que nos dejaban atónitos.

Entre Pesado y Carpio habían construído una Jerusalén de cartón y corcho, en las piezas interiores de la casa de Pesado (calle del Angel), con sus calles, sus templos, sus piscinas, sus huertos, y cuantas particularidades pueden imaginarse; y cuando Pesado hacía explicaciones, asombraba su elocuencia, su erudición y la naturalización de aquellos santos lugares.

Palpaba uno que él estaba en la convicción de haber visto el templo de Salomón, de haber sentido sobre su piel las auras del huerto de los Olivos, y de haberse sentado solitario y silencioso á las orillas del Mar

Muerto, dejando correr sus lágrimas por el aniquilamiento de Sión.

La verdad de estos sentimientos se ve en sus traducciones de Isaías y los Salmos, y tanto se dió á estos ejercicios, que la invectiva en Pesado, es hija las más veces de la condescendencia con la costumbre y no de la inspiración.

Antes de estos dos poetas, con excepción de Navarrete y Tagle, ni entre los copleros del virreinato, ni en la Arcadia, ni en otra parte alguna, se encuentran inspirados vates, porque el grande Heredia que tanto merece es una gloria cubana, y Couto, Barquera, Ximeno, y algunos otros, apenas pasaron como estrellas filantes por el cielo de las concepciones poéticas.

Y sea porque aun los ingenios se contaminaban en las aulas con el mal gusto de los siglos XVII y XVIII, se porque encontraban estrechos horizontes en la imitación de los poetas españoles en las fatales épocas las del gongorismo ó por lo que se quiera, Carpio mismo, Pesado, Tagle y Navarrete, cometían faltas garrafales de prosodia y de métrica, de que se corrigieron en la Academia de Letrán, á la que se debe sin duda, la regeneración literaria de México, ó, mejor dicho, los primeros vagidos de su emancipación.

Pesado elegía los asuntos de sus composiciones, los estudiaba y los maduraba con toda conciencia.

Se sentaba á escribir en un bufete limpio y ordenado, con sin igual compostura y limpieza, tenía gallarda le-



tra y sus manuscritos podían pasar de sus manos á la imprenta sin corrección alguna.

Escribía y consultaba á sus amigos, adoptando sus correcciones.

De esta suerte, Couto en su célebre *Salmo*: «En un sauce ludibrio del viento,» substituyó la octava de Pesado, con la que dice:

«Los levitas oyeron de noche  
Dentro el Sancta Sanctorum angusto,  
De terror penetrados y susto,  
Pasos varios huyendo en tropel.  
Y una voz que les dice:—Salgamos  
Presto, presto del techo inseguro.  
¡Ay del pueblo, del templo, del muro,  
Ay de tí, desdichada Salem!»

Pesado la adoptó, embelleciendo con ella su magnífica traducción.

La prosa de Pesado, es fluida, armoniosa y castiza, y en su novelita intitulada *El Inquisidor de México*, hay descripciones tan encantadoras como la siguiente. Se habla de la feria de Jalapa con motivo de la llegada de la flota:

«La diversidad de concurrentes daba mayor animación al cuadro y entre la variedad de trajes y figuras, eran de ver los indios de ambos sexos cuyas formas bien compartidas, tez bronceada y cabellos lacios y negros, resaltaban notablemente, con sus blancos vestidos de algodón. Y para que ningún matiz faltase á esta reunión de castas y figuras, se hacían notar no pocos

esclavos negros como azabache, galanamente vestidos y con collares de plata, en que según la costumbre de aquel tiempo estaban grabados el precio del esclavo y el nombre de su dueño.»

«Por último, las varias diversiones que allí había, daban no poco que atender al que quisiera observarlas. En una parte, mantenía la pelea de gallos en un silencio maravilloso á la multitud; ni una palabra, ni una respiración fuerte se escuchaba, mientras los bravos combatientes se disputaban el triunfo; mas apenas la voz delregonero declamaba la victoria de uno, con las palabras de estilo de: *se hizo grande ó se hizo chica la pelea*, cuando resonaban los acentos de la música y comenzaban con más ó menos animación, mil controversias acerca del lance que acababa de acontecer. En otra, apostaban no pocas personas, gruesas sumas en los juegos de azar. Quiénes pescaban en el río, quiénes paseaban en los bosquecillos vecinos. Y en tanto el indio mesurado al son del harpa, del tamboril y el *teponaxtle*, bailaba adornado de plumas y con sonajas en la mano, la grave danza de Moctezuma, ó armado de espadas y toscos broqueles de madera, remedaban con grosera pantomima en otro baile marcial, las batallas más notables de la Conquista.»

La influencia benéfica de Pesado y Carpio en la Academia consistió en el ejemplo que nos supieron dar de modestia, de decoro y de admiración del ajeno mérito.

Laureados por la estimación pública, distinguidos entre las más notables eminencias, llenos de honores



y en elevada posición social, no sólo se mezclaban y confundían con nosotros, sino que escuchaban nuestras observaciones y adoptaban muchas enmiendas con sincera humildad.

Yo de mí, sé decir, que cuando comparaba mi insignificancia con la valía de aquellos grandes maestros, cuando oía á Pesado decir á Joaquín Navarro: dicte usted Príncipe, dicte usted para poner este mejorcito, ó cuando Carpio le decía una vez á Fernando Calderón: «No mintamos, . . . yo en mi vida tendré la admirable facilidad de usted . . . » cuando yo presenciaba esos actos de modestia, digo, sentía que la vanidad es una excrecencia que nace y se desarrolla en las naturalezas débiles y dañadas.

La concurrencia á las sesiones de la Academia era cada vez mayor, presentándose sucesivamente Eulalio Ortega con su *Netzula*; Larrañaga con su *Lucero de la Tarde*; D. Francisco Modesto de Olaguibel, á quien conocemos; D. Joaquín Cardoso con un discurso magnífico sobre la insurrección; Munguía, y Aguilar y Marrocho, el uno con su estudio sobre Abelardo, el otro, con una disertación sobre Bossuet.

Hablaré especialmente de la recepción de estos tres, de la de Rodríguez Galván y de la de Ignacio Ramírez, indicando muy someramente los ingresos de Fernando Calderón, Ramón Alcaraz, Juan Navarro, Casimiro del Collado, Tornel, el P. Guevara, Gorostiza y otros que dieron justo renombre á las letras mexicanas.

Enjuto de carnes, y de color amarillo de cera el cu-

tis, pecoso, escurrido, casi vulgar era Munguía. Tenía aspecto como de enfermo recién salido del hospital.

Los que le conocían nos contaron que era hijo de un pueblecillo humilde de Michoacán; que había ido á Puruándiro en calidad de dependiente de una tienda mestiza; que en ésta le conoció casualmente el gran Obispo D. Juan Cayetano Portugal, quien le impartió su protección poderosa, llevándole al Colegio de San Nicolás, donde hizo progresos asombrosos, y puso el pie en el sendero que debía llevarlo á los triunfos que obtuvo después.

Enriquecido con brillantes y sólidos estudios, dado á conocer en literatura por sermones elocuentísimos y estudios gramaticales de gran valía, se creía que venía á México con el objeto de seguir la carrera del foro.

Ignacio Aguilar, enteco, todo arrugas, con una nariz puntiaguda que danzaba sobre una boca ancha é insolente, cuello plegado que parecía quebrarse, y ojos pequeños, observativos y burlones, revelaba en sus palabras más insignificantes un talento de primer orden, tan claro como bien cultivado.

Munguía gustaba de las relaciones íntimas, en cuyo seno era expansivo y amable, notándose desde luego en su trato, como dos personas diferentes: una de antes y otra de después de las comidas. Esto dependía de su penosísima enfermedad de estómago. Digería muy difícilmente, y en ese período estaba flatoso y de mal humor; se desabrochaba el vestido, le agobiaba la modorra; buscaba la soledad y le irritaba la contradicción.



En las mañanas, ¡cómo nos encantaba con su erudición y con su verba! ¡cómo nos parecía increíble que en todos los ramos del saber humano hubiese acumulado tan caudaloso saber!

Su constante encierro, su perpetuo estudio, y sus hábitos de catedrático, le hacían un hombre sin mundo y de marcada insuficiencia para los negocios. Era disputador y susceptible como un colegial malcriado.

Aguilar era más de rumbo y trueno; se filió entre los liberales, y Cardoso y Otero fueron sus amigos predilectos. Cultivaba la sátira Aguilar con mucho éxito, y era naturalmente gracioso. Sus versos son fáciles y sonoros; y los hechos á Juan José Baz con motivo de los sucesos del Jueves y del Viernes Santo de 1857, son acabado modelo de chiste intencionado y de galanura poética.

La entrada de estos caballeros á la Academia, aumento el depósito de erudición religiosa, ya muy rico con los conocimientos especiales de Carpio, Guevara, Ortega, Pesado y otros que podrían llamarse, sin exageración, lumbreras del Cristianismo.

Sin anuncio, sin ruido, y como caído de las vigas, apareció una tarde de sesión un pliego dirigido al Secretario de la Academia, es decir, al primer chico que había á las manos el Sr. Quintana, y á quien hacía fungir de tal.

Abrióse el pliego en medio de la más grande curiosidad, y Lacunza José María leyó su contenido.

Era una oda, en la que se figuraba el autor hundido

en un calabozo obscuro, y que tendía los brazos á unos que llevaban antorchas en las manos; pero, impotente para hacerse escuchar, é inmovilizado por sus grillos, se restituía á la obscuridad, que en su despecho, creía merecida.

La versificación era trabajosa y brusca, el sentimiento ternísimo, las imágenes vivas y aspirando á una novedad muy cercana á la extravagancia. Trascendía la oda á la escuela romántica, pero indudablemente revelaba un ingenio superior.

Después de un reñidísimo debate, en el que por primera vez se pronunciaron los nombres de Dumas y Víctor Hugo, y vimos relucir los aceros de clásicos y románticos, nos comisionaron á Lacunza y á mí para contestar al poeta anónimo, y ambos en un abrir y cerrar de ojos, presentamos la siguiente cuarteta, que fué aprobada:

«A la voz de los cantos y dolores  
nuestra alma en tierna comunión responde:  
si hoy el mérito tímido se esconde,  
la gloria un día le ornará de flores.»

A la sesión siguiente se presentó Ignacio Rodríguez Galván, con su gran capa azul, su sombrero en la mano, su raya abierta en el negro cabello, sus dientes sa- rrosos, su mirada melancólica y tierna, sus piernas no muy rectas, y su conjunto desgarrado y encogido.

Entró deshaciéndose en caravanas; le abrazamos, y tomó asiento, escupiendo sin cesar, y con unas manos



grandes, gruesas y mal hechas, que no tenía quietas un momento.

Leyó Rodríguez una composición fantástica, al través de cuya bruma se percibió la llama de un amor delicadísimo y apasionado, á una actriz modelo de virtudes, que era la rosa de oro del Teatro Principal.

Ramírez tuvo un *debut*, como ahora se dice, mucho más interesante.

Pero yo, para hablar de Ramírez, necesito purificar mis labios, sacudir de mi sandalia el polvo de la Musa Callejera, y levantar mi espíritu á las alturas en que conservan vivos los esplendores de Dios, los astros y los genios.

Una tarde de Academia, después de obscurecer, percibimos, al reflejo verdoso que comunicaba á la luz, el velador de la bujía que nos alumbraba, en el hueco de una puerta un bulto inmóvil y silencioso, que parecía como que esperaba una voz para penetrar en nuestro recinto.

Lo vió el Sr. Quintana, y dijo: adelante!

Entonces avanzó el bulto, y con una claridad muy indecisa vimos acercarse tímido á la mesa del Presidente, un personaje envuelto en un capotón ó barragán desgarrado, con un bosque de cabellos erizos y copados por remate.

—¿Qué mandaba usted?

—Deseo leer una composición para que ustedes decidan si puedo pertenecer á esta Academia.

—Siéntese usted.

Sentóse Ramírez junto al Sr. Quintana, y entonces, dándole de lleno la luz en el semblante, le pudimos examinar con detención.

Representaba el aparecido 18 ó 20 años. Su tez era obscura, pero con el obscuro de la sombra; sus ojos negros parecían envueltos en una luz amarilla tristísima; parpadeaba seguido y de un modo nervioso; nariz afilada, boca sarcástica. Pero sobre aquella fisonomía imperaba la frente con rara grandeza y majestad, y como iluminada por algo extraordinario.

El vestido era un proceso de abandono y descuido: abundaba en rasgones y chirlos, en huelgas y descarríos.

En el auditorio reinaba un silencio profundo.

Ramírez sacó del bolsillo del costado, un puño de papeles de todos tamaños y colores; algunos, impresos por un lado, otros en tiras como recortes de molde de vestido, y avisos de toros ó de teatro. Arregló aquella baraja, y leyó con voz segura é insolente el título, que decía: *No hay Dios*.

El estallido inesperado de una bomba, la aparición de un monstruo, el derrumbe estrepitoso del techo, no hubieran producido mayor conmoción.

Se levantó un clamor rabioso que se disolvió en altercados y disputas.

Ramírez veía todo aquello con despreciativa inmovilidad.

El Sr. Iturralde, Rector del Colegio, dijo:



—Yo no puedo permitir que aquí se lea eso; este es un establecimiento de educación.

Y el Sr. Tornel, Ministro:

—Este es un cuarto en que todos somos mayores de edad.

—Que se ponga á votación si se lee ó nó, dijo Munguía.

—Yo no presido donde hay mordaza, dijo Quintana, levantándose de su asiento.

Iturralde:

—No se hará aquí esa lectura.

Tornel:

—Se hará aquí ó en la Universidad.

—Ó en mi casa, dijo D. Fernando Agreda, que asistía como aficionado.

Cardoso:

—Señor Doctor: no le ha de costar á Dios la silla presidencial esa lectura. . . .

—Eso será un viborero de blasfemias.

—¡Triste reunión de literatos, exclamó el P. Guevara, la que se convierte en reunión de aduaneros, que declaran contrabando el pensamiento; y triste Dios y triste religión, los que tiemblan delante de ese montón de papeles, bien ó mal escritos!

—Que hable Ramírez.

—Que sí. . . . que no. . . . que hable! que hable!

Se hizo el silencio, y después de un exordio arrebatador, y como calculada divagación, pasó en revista el autor los conocimientos humanos; pero revestidos de

tal seducción, pero radiantes de tal novedad, pero enalcanados con lenguaje tan lógico, tan levantado, tan realzado con vivo colorido, que marchábamos de sorpresa en sorpresa, como si estuviéramos haciendo una excursión al infinito por senderos sembrados de soles.

Astronomía, matemáticas, zoología, el jeroglífico y la letra, y el dios. . . .

Y todo esto sin esfuerzo, resonando la trompa épica de lo sublime y el tamboril de los pastores de Virgilio; empleando el decir fluido de Herodoto, ó la risa franca y picaresca de Rabelais.

A las exclamaciones de horror y de escándalo se mezclaban palmadas, gritos de admiración y vivas entusiastas.

El Sr. Quintana, muy conmovido, ponía su mano sobre la cabeza de Ramírez, como para administrarle el bautismo de la gloria.

La discusión se abrió, y si se hubiera dado á la prensa formaría época en la historia del progreso intelectual de México.

¡Qué erudición de Carpio y Pesado! ¡qué tersura de dicción, qué lógica, qué poderosa palabra la del Doctor Guevara! ¡qué destreza, qué irradiación, qué flexibilidad admirable en el decir de Lacunza! ¡Cuánto talento de Eulalio Ortega!

Ramírez á todos replicaba: unas veces sabio, las más insolente y cínico.

Iturralde le argüía que la belleza de Dios se veía en sus obras.



—De suerte, replicaba Ramírez, que Ud. no puede figurarse un buen relojero jorobado y feo. . . .

Sabía de memoria los griegos y latinos; Voltaire y los enciclopedistas le eran familiares, especialmente D'Alambert, á quien profesaba veneración.

Exagerábale Guevara el amor á la patria.

—Sí, señor, de ese amor nos han dado ejemplo los gatos. . . .

—¿Qué le gusta á Ud. más de México? le preguntaba Tornel con énfasis.

—Veracruz, respondió; porque por Veracruz se sale de él.

La composición de Ramírez era visiblemente un pretexto para hacer patentes sus estudios de muchos años, y como á su pesar, se traslucía su jactancia de malas cualidades que no tenía, fué aceptado con entusiasmo y cariño, aun por los que se presentaron con el carácter de enemigos.

D. Fernando Agreda ofreció á Ramírez su amistad, y puso recursos á su disposición.

Cardoso, que tenía la cualidad preciosa de admirar y ensalzar el ajeno mérito, se convirtió en el panegirista de Ignacio, y fué de sus amigos más constantes y consecuentes, y Olaguíbel expeditó su recepción de abogado, y le nombró su secretario en el momento de tomar posesión del Gobierno del Estado de México.

En cuanto á mí, le quise con entrañable ternura y admiración sincera, uniéndonos desde el primer día, haciéndonos inseparables, participando en común de

nuestras penas, triunfos y miserias, y bebiendo yo, —tan insaciable como desaprovechado,—los raudales que brotaban de su inteligencia privilegiada.

A Ramírez se le ha juzgado con justicia como gran poeta y como gran filósofo, como sabio profundo y como orador elocuente, y Ramírez era en el fondo la protesta más genuina contra los dolores, los ultrajes y las iniquidades que sufría el pueblo.

En política, en literatura, en religión, en todo era una entidad revolucionaria y demoleadora; era la personificación del buen sentido, que, no pudiendo lanzar sobre los farsantes y los malvados el rayo de Júpiter, los flagelaba con el látigo de Juvenal y hacía del ridículo la picota en que á su manera les castigaba. Pero para esto necesitaba un gran talento, un corazón lleno de bondad y una independencia brusca y salvaje sobre toda ponderación.

Ramírez nació el 23 de Junio de 1818, en el pueblo de San Miguel de Allende.

En los antecedentes de su padre, insurgente, y en las lágrimas de su madre, virtuosísima señora, aprendió Ramírez el amor á la libertad y el odio á la tiranía.

Las avanzadas ideas y la honradez inmaculada del padre de Ramírez le llevaron al Gobierno de Querétaro, que desempeñó con habilidad y pureza, y, á la caída de Farías, su familia fué envuelta en una cruel persecución.

No sé por qué trabacuentas fué á ocultarse Ramírez en el convento de San Francisco, donde conoció ínti-



mamente la vida de los frailes, en todos los pormenores de sus especulaciones místicas y su prostitución, y al mismo tiempo, encerrado en las librerías, adquirió desde entonces asombrosa erudición.

Prefería entre sus estudios serios los de historia natural, y se empeñaba en ensayar su aprendizaje en la pintura, en la que nunca hizo letra; pero en la que adquirió un gusto exquisito.

Esta clase de estudios hizo que le declarase al señor su padre su decisión de seguir la carrera de médico.

Colegial obscurísimo de San Gregorio, con relaciones de colegiales muy pobres, de pintores desconocidos y de frailes alegres, Ramírez se dió á conocer en San Gregorio por sus talentos, sus blasfemias y sus sangrientos epigramas contra los doctores, los grandes políticos y los colegas que le chocaban.

Para fomentar su pasión por el estudio, se convirtió en concurrente asiduo de la Biblioteca de Catedral, donde un padre Cortina le cobró especial cariño, fungiendo como dependiente gratuito del establecimiento, y devorando el departamento de libros prohibidos, los cuales aprendía y comentaba con singular acopio de erudición.

En el taller de D. Santiago Villanueva, pintor callejero, pasaba las horas enteras Ramírez.

Villanueva era un viejecito chiquilín, coloradito, de motas blancas que no cabellos, en los carrillos y en el occiput, de ojos retozones y penetrantes, largo chaque-

tón, pantalones en manguante, y zapatones de vaqueta grosera.

Pero el viejecito tenía un genio admirable; traducía con suma destreza las ideas de Ramírez, y se empapó en el espíritu de la buena caricatura, como lo prueban muchos de sus preciosos bocetos.

Villanueva fué quien pintó los lienzos de San Francisco que representan la pasión del Señor, lienzos en que se notaban rasgos de verdadero genio.

El taller era un cuarto destartado y mugroso, con un caballete acuñado con ladrillos; veíanse por todas partes Cristos y Madonas, estudios varios pegados á la pared y varias mesitas en las que había regados carbonillos y esfuminos, entre tortas de pan, jarros, canastas y preciosas estampas romanas.

Al taller de Villanueva concurrían músicos como Salot y el negro Beristain, los escultores Rosetes, el P. Rosete, gran pulsador de harpa, algunos curiales y políticos como Pepe del Río, Zerecero, D. Hipólito Rodríguez y otros, porque D. Hipólito *era como la retostada* en materia de libertad y herejía.

Versos picarezcós, anécdotas color de hormiga, crónica escandalosa, mordelona y con puntas, ensueños de arte, *quites* á la pobreza, y cuanto se bulle, tenía lugar en aquel taller, menos lo tonto y lo dañado de corazón.

Allí asistía Ignacio, siempre serio, reservado, triste, como abstraído de la conversación, rompiendo la nube de su retraimiento relámpagos de saber, de gracia, ó de sátira, que dejaban absortos á los circunstantes.



Pero Ramírez no era comunicativo, y «por eso—decía él—por feo y pobre, me echaron de la casa de mis primeros amores.»

Esos amigos dieron á Ramírez conocimientos especiales en todos los figones de la capital, obsequiándole frecuentemente con almuerzos y comidas.

Como la mayor parte de los que cultivaban la sátira, era Ramírez susceptible en extremo, y en lo íntimo pasaba de la chanza al reproche con suma frecuencia.

De sensibilidad exquisita y exagerada, conociendo su propia susceptibilidad, no sólo ocultaba en lo más íntimo de su alma sus afectos, sino que aparentaba lo contrario de lo que sentía, como temiendo exponer al sarcasmo á los objetos de su culto reverente.

Jamás hablaba de sus padres, de su esposa, de sus hermanos y parientes. Pero los que estábamos á su intermediación nos cercioramos de su ternura inmensa para sus deudos.

Sin embargo, tenía máximas como ésta:

«Cuando se habla mal de todas las mujeres, exceptúo á mi madre para justificar mi procedencia.»

Adoraba á su esposa, y decía:

«La sonrisa de la mujer que nos ama es una flor en la punta de una daga.»

Era la honradez misma y escribía:

«La conciencia es el resultado del humor con que uno amanece.»

Y esa fanfarronería de perversidad, ese artificio que nadie pudo explicar satisfactoriamente y que le gran-

jearon mortales enemigos, descarrilan la crítica cuando se ocupan de él sus biógrafos, y falsean los puntos de partida del buen juicio para poner en su luz verdadera su talento, su carácter y sus virtudes eminentes.

Porque Ramírez no era un juglar que hacía de sus palabras un juego para fomentar el libertinaje; no era el chistoso de cantina que expende sus chistes para que se le aplauda copa en mano. . . . no señor: Ramírez era serio y reservado, conceptuoso y poco expansivo; en sociedad parecía como la caja que encerraba otro ser dentro del que todos veían. Sus chistes eran rápidos, inesperados, como la chispa que salta de una máquina eléctrica por un choque casual.

No obstante, sus salidas eran tantas, tan incisivas, y se vulgarizaban con tal rapidez, que ofuscando hoy mismo todo criterio se cree que la facción dominante de su fisonomía moral, era el sarcasmo ó el chiste.

Así sucedió á Quevedo, á quien nadie recuerda como teólogo insigne ni como orientalista eminente, á la vez que sus chistes agudos, sus anécdotas picarescas y sus letrillas retozonas y punzantes están en la boca de todos.

Los cuentos y las salidas de Cardoso absorben su fama, y de muy reducido círculo es conocido el distinguidísimo latino, el literato insigne, el escritor correctísimo y elocuente y el sabio político que instruyó en las más nuevas doctrinas del derecho constitucional á los políticos eminentes precursores y autores de la Constitución de 57.



Volviendo á Ramírez, se entregó á los estudios médicos con ardor, y la botánica formaba sus delicias.

Sus estudios médicos le hicieron concurrente perpetuo al panteón de Santa Paula, abierto por entonces al público, y que el cuidado de D. Vicente García lo tenía convertido en un verjel encantador.

Una tarde paseábamos en el panteón, observamos en uno de los ángulos más retirados á un hombre sentado frente á una mesita de palo blanco, descubierto, y con un cráneo y varios huesos sobre la mesa. Tenía una botella al lado y un vaso.

Examinaba con mucha atención los huesos cuando nosotros nos acercamos ansiosos á reconocerle.

Era un hombre rubio y pelón, fornido y ancho de espaldas, de ojos azules y de unas manos blancas como la nieve y muy cuidadas.

Nos acercamos, y el hombre con mucha cortesía nos invitó á tomar vino.

Ignacio emprendió conversación con aquel caballero, quien se mostró tan complacido de escucharle que no obstante que era brusco y de pocas palabras le invitó á tomar asiento, le ofreció su amistad, y quedaron á partir un piñón. El caballero de quien acabo de ocuparme era el celeberrimo Doctor Jecker, hermano del banquero que tanto figuró después en la historia de la Intervención.

Á este Doctor puede llamarse sin exageración el padre de la cirugía en México. Escobedo siguió sus huellas, promovió el establecimiento de cátedras, etc., y co-

locó la ciencia en esa vía en que han recogido sazonados frutos, cirujanos de inmortal renombre.

La amistad de Jecker empeñó á Ramírez en estudios anatómicos y osteológicos realmente admirables.

Dejemos á Ramírez en marcha para Toluca con Otaguibel, y no olvidemos que hemos hecho tan solo una incursión fuera de la Academia de Letrán, del brazo de Ramírez.

Ven acá, Fernando muy amado de mi corazón, que ahora sigues tú.

Ahí le tienen Uds., grueso, ancho, chaparro, desgarrado, casi vulgar, con aspecto de vendedor de sarapes ó de cueros de chivo.

Entrecano, con una patilla de columpio que alargaba y encallejonaba su rostro picado de viruelas, nariz roma y labios gruesos que dejaban al descubierto unos dientes grandes y renuentes á una arreglada conformación, Fernando habría pasado por feo en grado heroico, sin la mirada de sus ojos garzos que iluminaba y embellecía su fisonomía, haciéndola dulce y simpática por extremo.

Un sombrerillo blanco, tendido, una polvosa levita verde, unos zapatos bajos excéntricos y un bastoncillo de Pepito: he ahí pintiparado á Fernando, á la luz de veintisiete primaveras que entonces le iluminaban (1837.)

Nació Fernando en Guadalajara, según hoy se ha demostrado plenamente, y no en Zacatecas, como hasta ahora han dicho sus biógrafos; pasó en aquella ciudad sus primeros años, yendo en seguida á Zacatecas; á pesar



de los cambios de su vida conservaba en su voz el dejo tapatío, y en sus aficciones la predilección por aquella tierra del canto y de las flores, uniéndola á la franqueza y á la sinceridad de la gente minera.

Aunque de noble prosapia, Calderón,—puesto que fué heredero del título de Conde de Santa Rosa,—amaba con pasión á la plebe estudiantil, y, con su Nebrija bajo el brazo, andaba en bureos, siendo objeto de sus solaces los ensayos teatrales, compartiendo sus afectos la parte literaria del teatro, y, ainda mais, las actrices y bailarinas de suyo afectuosas y codiciadas, no sólo de los jóvenes estudiantes, sino de los señorones más encoquetados y circunspectos.

La condición pecuniaria de Calderón era bonancible; así es que sus relaciones con el mundo de las bailarinas se estrechaban, y no era extraño verle capitaneando la *claque* de una actriz buena moza, ni andar de seca en meca en pos de una espada ó de un casacón bordado, para un actor favorito.

De esta manera Alfieri ó Wattel andaban á las vueltas con Moratín, y el futuro letrado abría paréntesis á las Siete Partidas para declamar con énfasis un trozo apasionado del Duque de Rivas, con admiración de los cómicos.

Porque es de saber que Fernando era turrón de amores en el teatro, franco, condescendiente, compasivo, servicial, y de una alegría comunicativa y discreta, que se propagaba, seducía, y desterraba las sombras del mal humor con su chiste y sus gracias. Favorecía los ensueños de las pollas, atizaba la gula de los viejos, deja-

ba caer su sal y su pimienta en los chismes y devociones de las viejas, y tenía su bolsillo abierto para aliviar las penas que llegaban á su conocimiento.

Su familia tuvo que residir por algún tiempo en una de sus haciendas (La Quemada), propiedad de su padre, y Fernando la acompañó.

La soledad del campo, sus aficciones y la tentación de formar una compañía dramática con sus primos y los dependientes de la hacienda, le hicieron pensar seriamente en escribir un drama ó comedia.

En la sala de la finca, después del rosario y de la cena, se sentaba el padre de Calderón, y á su lado la señora su madre.

A Fernando le llamaban frecuente á que les leyera alguna cosa, para matar el tiempo, y si la lectura era divertida, primos y primas rodeaban la mesita en que Calderón leía.

Calderón ya tenía escrita su comedia de «Reinaldo y Elena» y esperaba una ocasión de darla á conocer.

Sin anuncio previo, y como si se tratara de un libro indiferente, una noche llevó Calderón su comedia. . . .

El fuego con que leía, su declamación esmerada, y el entusiasmo del auditorio dieron realce á aquella producción.

Fernando no se pudo contener, y dijo que aquella comedia era suya.

El papá se levantó mohino diciendo que aquélla era la causa del atraso del autor, quien turbado y lleno de vergüenza recogió su manuscrito, cuando las primas



rogaron, la mamá se interpuso, y el viejo, refunfuñando, tomó asiento para seguir oyendo.

Entonces Calderón leyó con más ó menos esmero; llegó un pasaje de tiernos sentimientos filiales, la voz del autor temblaba; la mamá llena de orgullo sollozaba, y el padre, vencido y subyugado, se echó en brazos de su hijo, previniéndole severo que no volviese á distraerse de sus estudios con aquellas futilidades.

Esta fue la gran confirmación de la vocación dramática de Fernando.

Después de algunos años pasó Calderón de Guadalajara á Zacatecas, donde fijó su residencia, figuró en el partido exaltado, singularmente favorecido por el Sr. García y las personas más eminentes de aquel rico Estado, y fué herido en la acción de Guadalupe por las fuerzas de Santa-Anna que lo invadieron, desatando sobre él terribles venganzas.

En esas circunstancias, y por esos motivos vino Calderón á México á mediados de 1836.

Le precedía la reputación de algunas obras dramáticas de mediano mérito y una colección de poesías líricas, dada á conocer por D. José María Heredia en un periódico literario que publicaba, y en el cual había censurado algunos defectos de Calderón; pero hacía justicia á su ingenio y le presentaba como joven de grandes esperanzas.

Por aquel entonces había, como ahora, una alacena en el ángulo de los portales de Mercaderes y Agustinos, —hoy, en la alacena, se expenden puros y cigarros,—

en la que, en calculado desorden, había catecismos y pizarrines, Gramáticas de Herranz y Quiroz, tablas de multiplicar, estampas de santos, cuentos y Romances, Lavalles y Ordinarios de la misa, en la mejor compañía de periódicos acabados de imprimir y folletos de ruidosa actualidad.

El propietario de la alacena era un señor amable y caballeroso, con su *sorbete* de á media vara, su chaquetón de indiana amarilla, su chaleco blanco, y sus manos limpias, y que atendía ligero y complaciente á los marchantes.

Nariz prominente y corva, ojos hundidos y discretos, boca recatada y sonriente, tez morena clara, y algo de clerical en su aspecto.

Las muchas relaciones de Don Antonio, y la puntualidad y el agrado con los que á todo el mundo servía, hacían de la alacena depósito de encargos, oficina de negocios, arca de secretos, estuche de crónicas, aparador de encomiendas, recurso de tahures, y Lonja, hasta de corretajes para conseguir la salvación eterna; pero el rasgo más característico de aquella alacena, era el expendio de noticias de todo género; y así como entre los aztecas solía haber un lugar á propósito para charla, que se llamaba *Mentidero*, así en aquel tiempo el mentidero era la alacena de Don Antonio, que veía agrupados á un lado del mostradorcillo, sombreros acanalados y charreteras, sorbetes y birretes.

Los elegantes llamaban á la alacena *La Puerta del Sol*, para recordar á Madrid.